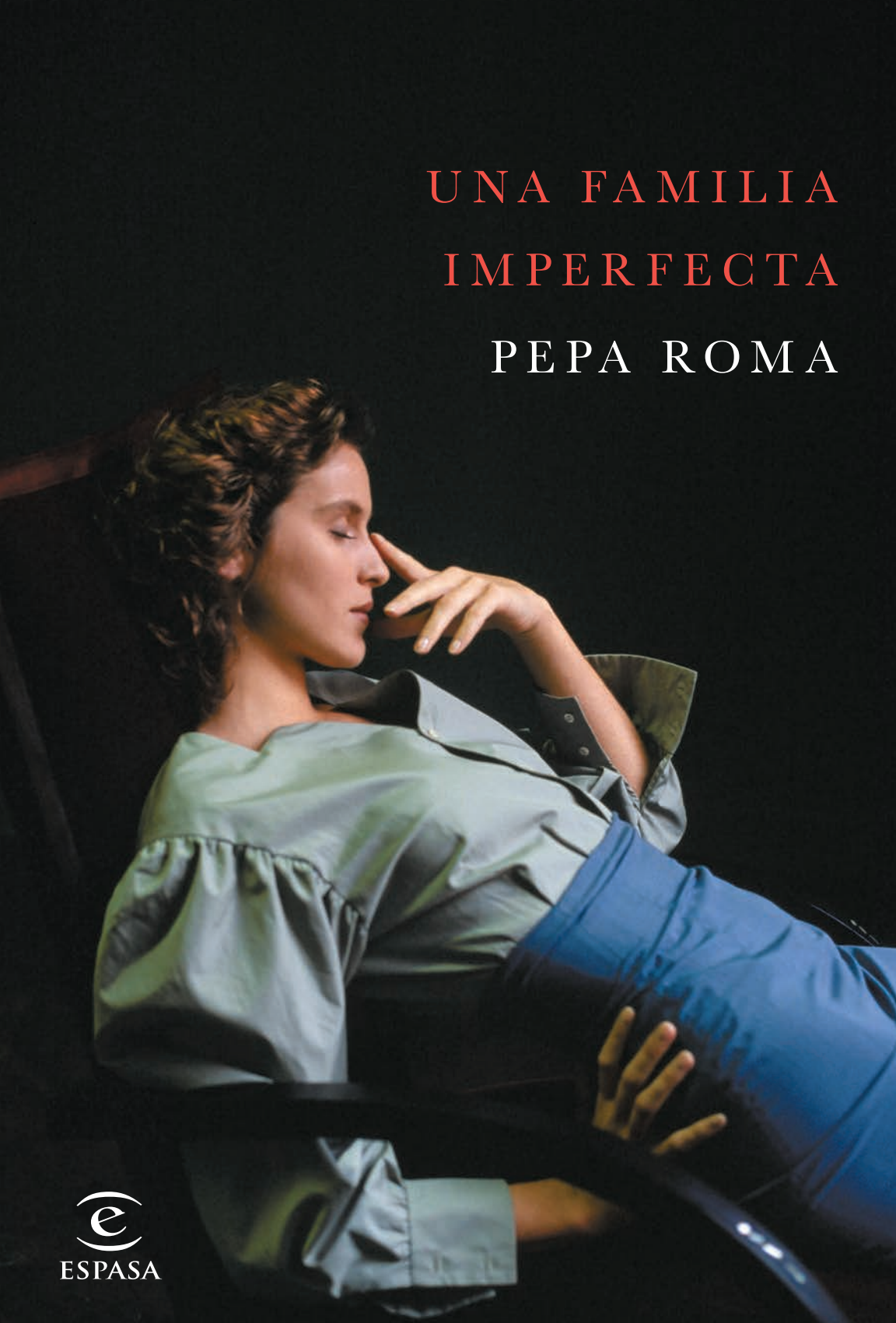
UNA FAMILIA IMPERFECTA

PEPA ROMA



ESPASA

Pepa Roma

Una familia imperfecta

ESPASA ℰ NARRATIVA

© Pepa Roma, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Ferdinando Scianna / Magnum Photos

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.180-2017
ISBN: 978-84-670-4923-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

Una nueva vida comienza, me digo al encender la luz del recibidor, mientras me adentro por la procelosa oscuridad del pasillo. Que a eso vengo, a preparar el ajuar para su nueva vida.

En el comedor trato de discernir qué queda de alguna utilidad. Figuritas de Lladró desconchadas, raídas flores de tela que alguien le regaló en un lejano santo o cumpleaños, el botafumeiro en miniatura que compró en Santiago de Compostela, el sombrero gaucho de Canarias, *souvenirs* de sus muchos viajes con amigas, cuatro vasos de esos que parecen de cristal pero no lo son, un plato descantonado aquí, una taza con el asa rota más allá, un vaso aún con agua en la mesita junto a la butaca, objetos ralos entre libros desperdigados, como si hubieran sido abandonados por alguien que se ha llevado sólo lo mejor. Junto a los estantes a rebosar de libros, una vitrina vacía, despojada de sus tacitas de porcelana, de su licorero y de todo lo que se necesita en una casa de buena familia barcelonesa para recibir a las visitas.

Todavía me cuesta adaptarme al ambiente de desolación que ha adquirido el lugar sin todos esos platos con su sopera —vajilla de La Cartuja, la loza del domingo—, sin esa cristalería de cuarenta y ocho piezas, milimétricamente ordenadas por tamaños, con los que con tanto empeño quiso recrear una vida y una herencia que había sido desvalijada tiempo atrás. ¿Habrá quedado algún despertador

que funcione, una linterna, algo con lo que llenar esta maleta para quien está a punto de emprender viaje a un lugar sin retorno? Voy al costurero que está junto a la ventana donde me ha dicho que encontraría sus gafas, también la mantita que se pone sobre las piernas.

Una vez he hecho un repaso rápido del comedor en busca de objetos que pueda necesitar, paso al meollo de la casa, el dormitorio principal, donde desde que murió mi padre no he vuelto a entrar. Ver el niqui verde y los vaqueros de mi hermano junto a la cama de mi padre me tranquiliza. Su jersey sobado, la bolsa de plástico con un dentífrico vacío, un cepillo de dientes desmochado, la espuma de afeitar que habrá dejado en su última visita de fin de semana, todos esos enseres de aseo que transporta entre Barcelona y Palets me ahorran al menos tener que enfrentarme ahora al fantasma de mi padre. Aunque no al de mi madre.

Hurgar en sus cajones por primera vez arranca en mí cierta ternura hacia esa mujer a la que me prometí no volver a querer en la vida. Paso de la foto de boda en que aparece con mi padre sobre el tocador y abro los cajones para buscar las medias y la ropa interior que me ha pedido. Cojo lo primero que encuentro y cierro rápidamente. Y de la cómoda al armario. Selecciono entre sus ropitas que cuelgan de perchas las últimas que se ha comprado, doblo sus camisones con prevención, como quien prepara el ajuar para la hija que se va a desposar.

Al igual que la ropa del niño que envías al internado, o de la hija que se marcha al convento, hay que marcarlo todo con su nombre, me doy cuenta cuando ya tengo la ropa en la maleta. Y ahora volverla a sacar y ponerla a un lado para ir a la mercería y comprar varios metros de esas tiras blancas en las que se puede escribir el nombre encima con bolígrafo —Regina Camps del Sió, en buena caligrafía—, que luego pegas en cada prenda con la plancha. Es la forma más rápida para una tarea que antes podía llevar

a mi madre meses, como cuando estuvo bordando mi nombre en punto de cruz —Cándida Sabanés en hilo de colores la Dalia— en la ropa que me llevé a la colonia de verano.

Cuando ya lo tengo todo en la maleta, recorro por segunda vez la calle Muntaner, desde Sant Gervasi hasta el Eixample, donde se encuentra el hospital. Sé que mi tarea nunca puede estar completa sin las mil y una rectificaciones de mi madre.

—Apunta —dice, señalando con su dedo huesudo sobre el papel en el que escribo—: hilo blanco, más hilo de bordar de todos los colores, más tijeras, más agujas, más dedal, ah, y no te olvides de...

Y yo apunto obediente, hasta que ella considera que ha quedado completa la lista de cosas que quiere que le lleve.

De nuevo en casa, busco todo lo que me ha pedido, también informes médicos, cartillas de banco para presentar en la residencia donde mañana ingresa; papeles ocultos en ingenuos escondrijos de niña que ella misma termina por olvidar, llegando a la conclusión de que se los ha robado la ecuatoriana de turno. Más de una vez he tenido que anular una cartilla en un banco después de que dijera con esas palabras ambiguas suyas «ha desaparecido», para encontrarla a continuación dentro de una caja de zapatos.

—Ya está, ahora sí que está todo en la maleta —le aseguro cuando vuelvo por tercera vez, ya de noche, para llevarle su caldito, ese sin el que no cenaría ni tomaría nada, tan mala requetemala es la comida de ese hospital, dice.

No tiene fuerzas para comer, pero parece reservarlas todas intactas para protestar, reprochar, con esa voz de la que se hace la débil, compensada por su mirada acerada, con ese brillo que traspasa el tupido velo de las cataratas, el lagrimeo de vieja.

—Venga, anímate, que mañana dejarás el hospital —le digo con la taza y la cuchara en la mano.

Recuerdo cuánto me ha insistido en que quería salir de aquí, perder de vista a esas enfermeras tan antipáticas, a esos médicos que no saben nada de lo que tiene, e irse a una residencia, donde se lo hagan todo, como en un hotel; porque debe de ser de los pocos viejos dispuestos a dejar su casa por una residencia. Ya no puede más en casa, en esto al menos es realista, ya no quiere ese estar lidiando todos los días con esas chicas de ahora que no saben hacer nada, esas rumanas y sudamericanas a las que no les han enseñado cómo se hacen las cosas. Ya no quiere volver a casa, pero tampoco estar un día más en este hospital, hasta el punto de que he tenido que pedir el alta anticipada y recorrer Barcelona entera para encontrar la residencia adecuada. Me pregunto si no debería haber esperado a que estuviera aquí mi hermano para lidiar con todo esto.

—Te he buscado un sitio muy bonito, ya verás —le hablo como a los niños a los que hay que sacar de su cabezonería.

—Me da igual esto que lo otro, ir a la residencia que quedarme en el hospital; para eso, prefiero morir. —Me mira, calibrando el efecto de sus palabras.

Ya sé que esto quiere decir que, además de traerle el caldo, hoy tendré que quedarme a dormir en el sillón que hay al lado. Dormir es un decir, claro, acompañada de los ronquidos de las viejas, mi madre y la que tiene en la cama de al lado, la otra actividad para la que no han perdido un ápice de potencia.

—Pero como no te vas a morir, es mejor que decidas qué prefieres, si quedarte aquí o ir a otra parte.

Decidida a no transigir, la dejé haciéndose la moribunda, preguntándome toda la noche si no debería abortar el traslado. Hasta que por la mañana he llegado al hospital y la he encontrado ya vestida y esperándome en su silla de ruedas, esa que le he comprado la última semana porque me han dicho que de aquí ya no podía salir con el andador.

—Ya puedo levantarme —anuncia—. Ya estoy mucho mejor.

Los continuos tropiezos a causa de un ictus que entorpece algunas de sus funciones motoras fueron la causa de la ruptura de la segunda cadera, por lo que fue ingresada y no es cuestión de asumir nuevos riesgos tan pronto. Pero la idea de irse, de cambiar de escenario, la llena de nuevo de energía y curiosidad, como a una niña a la que visten para su primer día de colegio. Le gusta. Le gusta ir a un sitio nuevo con los demás niños; un sitio donde juegan los niños, los niños grandes.

—Empiezas una nueva vida —le digo abriendo la maleta, después de que una cuidadora la recogiera en la ambulancia que la ha traído a la residencia y nos dejase en la que será su habitación—. ¿Era éste el camisón que querías? —pregunto, mostrándole una a una las prendas que voy desplegando sobre la cama—. Te he traído también el rosa, por si acaso.

—Para guardarme en el armario no necesitaba tantas cosas.

—¿Armario? —Miro la amplísima sala que se abre al otro lado de la zona de dormitorios, una estancia enorme de altos techos, como esas de los antiguos hospitales o conventos, que es lo que debió de albergar en su momento el gran caserón modernista, situado en Montbau, un barrio no tan señorial como el nuestro, pero, al menos, otra de las zonas norte de Barcelona. Con sus óleos de santos y sofás tapizados de damasco en la salita de espera de la superiora, sus sillones de cuero sintético más funcionales en las salas de estar para los viejos, sus sillas de formica en las aulas para artesanías y labores, pero todo él un espacio pulcro, con ese toque pasado de moda que conservan los buenos colegios de monjas de la capital y también esas casas de la burguesía reacias al nuevo diseño, porque tienen

muy a gala haber mantenido una herencia de la que se sienten orgullosas. Un lugar muy a la medida de la mujer que guarda intactos su amor por las labores, su obsesión por la limpieza, el cuidado personal y otros rituales con los que se domaron en las teresianas de Barcelona las *pubillas* salvajes de Palets.

—Sí, armario para viejos.

Al entrar y ver las hileras de ancianos en sus sillas de ruedas, perfectamente alineados frente a los ventanales o el televisor, otros jugando a las cartas o tomándose un café junto a la máquina del pasillo, le he dicho: «Mira, parece un casino, con tanta gente, unos jugando a las cartas, otros mirando por la ventana, un café de casino». Un café sin barra, pero con una máquina de café. Y ella lo ha mirado sin decir nada, tal vez haciendo acopio de argumentos para el momento en el que pueda pillarme desprevenida, como ahora:

—... Ahí donde los dejan los hijos para darles el último piro.

Nunca había oído hablar a mi madre así. Claro que todavía no sabía hasta qué punto iba a cambiar su lenguaje, su comunicación conmigo, lo deslenguada que se volvería, como si tuviera que echarme encima toda la maledicencia que se había callado hasta ahora. Por lo menos me adelantaba en vida lo que me había prometido hacer cuando se muriera: volver todas las noches para tirarme de los pies mientras yo durmiera, castigarme por todo lo que había hecho con ella.

Su nueva vida, la vida en el armario. Así se ha tomado, pues, lo que tan penosamente me ha costado encontrar. Semanas de ir Barcelona arriba y abajo tachando nombres y direcciones en esa lista que me habían proporcionado en Asuntos Sociales del barrio hasta dar con esta residencia amplia y hermosa con capilla incluida y misa a diario, que es lo que pensé que más podía gustarle del lugar.

—Tómatelo como un hotel, si no te gusta, siempre puedes cambiar.

No es la primera residencia a la que va. De hecho, había pasado ya por tres o cuatro antes de su última caída, cuando se rompió la primera cadera y dijo que ni con dos chicas a sus órdenes estaba para hacerse cargo de la casa. Cuando todavía vivía mi padre y, para mortificarlo, le amenazaba todo el día con quedarse en una residencia, el último lugar del mundo al que se sentía capaz de seguirla, después de haberla seguido toda la vida por los derroteros inciertos que le marcara su mujer.

—Ya veremos —me ha contestado mientras yo empujaba su silla por la sala de televisión, la de actividades, la de gimnasia, y la acomodaba en la mesa del comedor para lo que será su primera comida aquí, esa de la que depende buena parte del veredicto que mañana tendré que escuchar sobre el lugar. Se reserva su opinión.

La he llevado a un barrio que no es nuestro barrio, y ahora, sin la tarea de ir a comprar o enseñar a una nueva asistenta el mercado, la pescadería, la panadería, la tienda concreta, y no otra, donde hay que comprar cada cosa, me encuentro de golpe con todo el barrio para mí sola, sin saber ya qué hacer de él; este sitio al que durante décadas me negué a volver y al que cada vez que vuelvo me abstengo de mirar.

Levanto la vista al cielo siguiendo el vuelo de una paloma hasta un ático. Todavía me asombra mirar y ver esos altos edificios en lugar de un descampado o promontorio con pinos.

Recuerdo cuando llegué por primera vez aquí, a fines de los cincuenta. Tenía yo siete años y había estado ya varias veces en Barcelona visitando a mis tías, pero no en este barrio, allí donde los edificios de pisos terminaban

abruptamente frente a descampados, torres que resistían solitarias al avance del derribo y nueva obra, y algún jardín con una fuente o estatua modernista descabezada. Reminiscencias de una época en la que los señores que vivían en la calle Fernando o Princesa, o los que volvían de Cuba con algún dinero se habían hecho construir torres solariegas un siglo antes, en las que todavía podías encontrar atrincherado algún marqués arruinado. Últimos resistentes dentro del cerco de nuevas construcciones que venía estrechándose desde la vía Augusta y la ronda General Mitre; dos grandes arterias para encuadrar la nueva trama urbana que estaba desplazando torres y jardines desde finales del XIX y que se acelera en los años cuarenta y cincuenta del XX. Tras los rigores de la posguerra y en puertas del llamado desarrollismo, los empresarios y políticos más arriesgados de Barcelona eligen esta zona para sus nuevas promociones urbanísticas, convirtiendo rápidamente el barrio de Sant Gervasi en la nueva parcela residencial de la burguesía, allí donde se instalan los hijos emancipados que ya no caben en el Eixample, a diferencia de otros barrios, que iban expandiéndose a gran velocidad, a derecha e izquierda de la zona noble con los llegados de Andalucía y otras zonas deprimidas de España. Lo que hace que hoy sea conocido como la zona alta de Barcelona, en su doble connotación de altura geográfica sobre el mar y social.

Habíamos llegado aquí siguiendo la estela de unos abuelos que habían tenido una torre de veraneo en Sant Gervasi a finales del XIX —cuando éste no era todavía un barrio, sino parte del municipio de Sant Gervasi de Cassoles, al que pertenecían también la Bonanova y el Putxet, a las faldas del Tibidabo—, los mismos que empezarían a enviar a sus hijas a estudiar en las teresianas de la Bonanova, un internado obligado para toda niña a la que se aspire a casar convenientemente dentro de la sociedad barcelonesa o volver a la regencia de sus tierras con aires de gran

señora, y al que, siguiendo con la tradición familiar, también serían enviadas mi madre y su hermana desde Palets.

Así pues, todo lo que antaño podía habernos relacionado con Sant Gervasi, lo que todavía podía considerarse el meollo antiguo del barrio, estaba siendo derribado ante nuestros ojos. Es todo lo que tenía enfrente el colmado, también el piso de encima en el que nos instalamos. Mi madre miraba a los descampados como si ya fueran sus posesiones, allí de donde nos iba a venir el dinero.

—Es el futuro —decía—. De aquí a dos años tendremos miles de clientes nuevos.

Siempre fue una mujer emprendedora y osada que se jactaba de haber recuperado ella sola las últimas tierras que su padre había empeñado jugando a las cartas cuando, aún adolescente y con su madre viuda y apocada, se presentó en casa del más temido y fanfarrón de Palets, obligándole a aceptar el dinero de la República, cuando a la República le quedaban tan pocos días como a su moneda. Y desde aquel momento consideró esas tierras como suyas, nada que cupiera repartir con sus dos hermanas. A negocianta no le ganaba nadie, presumía; lástima que tuviera que cargar con semejantes rémoras, decía, refiriéndose al marido, también a mí.

Así que esto era Sant Gervasi, el nuevo barrio residencial de esa Barcelona en crecimiento y expansión. Debí de mirarlo un tanto decepcionada. A primera vista no parecía gran cosa, en comparación con la plaza de Catalunya, las fuentes de Montjuïc, el Rompeolas, Colón, esos bonitos sitios adonde me habían llevado mis tías cuando venía de visita, o la misma clínica de la Alianza, ese señorial edificio modernista en las inmediaciones del paseo San Juan, donde yo había nacido siete años antes, al que había vuelto con mi madre alguna vez. Sant Gervasi era considerado aún la periferia. Hasta que los nuevos bloques de edificios empezaron a levantarse con sus terrazas, esos amplios bal-

cones hechos de paneles de cristal y aluminio donde rebotaba el sol y desde los que se expandía la luz, dejando a la vista maceteros cuadrados donde crecían árboles en miniatura y se derramaban enredaderas a modo de pequeños jardines colgantes. Edificios simétricos, simples, funcionales, que buscan la pureza de líneas, en los que la madera o el acero, todo aquello que habla de ingeniería y tecnología, contrasta con el hierro repujado y grandilocuente de los grandes portalones de los edificios de enfrente, como aquel en el que está el colmado, y que se construyeron sólo una década antes.

Todavía me recuerdo sentada a la puerta o asomada a la ventana viendo levantar esos muros limpios, donde el color ha sustituido a las volutas y otros adornos por medio del uso de nuevos materiales, como el gresite o los bonitos tonos caldera del ladrillo a la vista que deja la nueva obra. A cada edificio que se inaugura, el barrio entero quiere estar ahí para ver cuando se desnuda su fachada, y los niños, los primeros. Entonces corren los *ah* y *oh* de admiración, junto a alguna reprobación del viejo más carca que considera la nueva arquitectura una muestra de decadencia. Cada edificio es una sorpresa, una mezcla ecléctica y única de las nuevas tendencias arquitectónicas que llegan de Italia o el resto de Europa, dice alguien que se hace el entendido. Con el tiempo yo misma he aprendido a apreciar Sant Gervasi como el barrio de innovación que fue, a diferencia de otros en los que la nueva arquitectura se limitará a hacer casas baratas con ventanas de aluminio para albergar a las oleadas crecientes de inmigrantes del sur de España, o sacar a los chabolistas de las laderas ocupadas de las montañas que circundan la ciudad, como Montjuïc o El Carmelo. Así pues, ese primer brochazo de color y alegría en lo más gris del franquismo hará de Sant Gervasi una especie de respiradero de la posguerra, haciendo sentir desde el principio a sus ilustres vecinos que, de alguna manera, son los

adelantados de una modernidad que empieza a llegar a cuentagotas a la ciudad, proporcionándoles un orgullo de barrio como probablemente sólo lo habían sentido los primeros pobladores del Eixample, que les anteceden tanto en tiempo como en espacio; y, antes que éstos, los de la llamada primera gran reforma o ampliación del casco antiguo con las nuevas grandes vías de mitad del XIX, como la vía Laietana o la calle Princesa. Esas sucesivas ampliaciones de Barcelona vinculadas a su crecimiento y desarrollo industrial, a partir del *boom* del textil y del comercio dos siglos antes, todo eso que yo no podía saber aún entonces de Sant Gervasi, pero que en su momento se encargarían de contarme y recalcar mi madre, y también Ferrán, mi marido, dando muestras del orgullo que todo barcelonés siente tanto por su barrio como por su ciudad.

Lo que sí podía ver la niña Cándida era cómo crecía y se transformaba ese mundo a medio hacer que había encontrado a su llegada. Cómo la nueva arquitectura iba ganando terreno, retrotrayendo la frontera de las torres solariegas y descampados más allá de nuestra vista, más allá de nuestros recorridos diarios por el barrio.

Al pasar por delante del que fue nuestro colmado, todavía me duele. Nunca me acostumbraré a verlo tan cerrado.

Sin duda, Barcelona fue un lugar donde reinventar la vida para mi madre. Mi amnesia supongo que ayudó.

Me deprimo al volver a casa, al mirar las paredes entre las que vivió y donde ya nunca más vivirá. Y por primera vez me cuesta hacerme a la idea de que cuando vuelva de Madrid, mi madre ya no estará en casa, esperándome, como ha hecho siempre.

También yo entro en una nueva etapa. La etapa de la vida en la que pierdes el hogar paterno. Algo que no debes hacer sin haber abordado antes las cuestiones fundamen-

tales sobre las que se ha construido tu existencia. Y tal vez por ello me siento tan decaída, con un desánimo y una congoja que primero he querido atribuir a mi madre, pero que ahora descubro totalmente míos.

Ella, todavía contenta con el nuevo hotel y sus actividades a donde la he llevado de viaje.

—Voy a hacer gimnasia —me ha dicho—, tráeme las bambas.

Imagino lo que será hacer gimnasia para alguien como ella, mover las patitas arriba y abajo desde la silla de ruedas; de todas formas busco las bambas. Esas zapatillas de lona blanca con un alza de cuatro centímetros en una de las suelas, que tienen que llevar todos sus zapatos desde su primera operación de cadera. Las encuentro metidas en la lavadora y aprovecho para meter también la ropa sucia que me ha dado para que lave en casa. Hago un repaso del resto que puede haber quedado esparcido por sillas o sobre la cama.

Me veo obligada a hacer lo que no he podido hacer nunca: oler, lavar, tender, recoger y doblar su ropita de niña vieja, sus sujetadores, sus bragas, sus enaguas, todo eso que ha estado en contacto con su piel y que, precisamente por ello, tanto asco me da. Estoy por tirarlas todas y comprarle otras nuevas. Aun estando ya limpias, son bragas que no puedo ni mirar, viendo en ellas toda la esencia de su cuerpo, ese cuerpo que me recuerda demasiado al mío, un cuerpo que aborrezco como sólo aborrezco el mío. Como si nuestros cuerpos no hubieran terminado de separarse por completo, atadas por algo innombrable que madre e hija no deberían compartir nunca. Lo que hacía de cada una de sus alusiones a alguna actividad fisiológica algo que me llevaba directamente a vomitar: «¿Ya has hecho de vientre? Yo sí he ido a hacer de vientre, no sabes lo bien que van las espinacas para esto». Bastaba con que aludiera a la regularidad de sus intestinos, a una llaga que le

había salido en la lengua, a un diente que tenía mal, para que yo lo tomara como algo ofensivo, más obsceno que el lenguaje soez de los obreros en el andamio, que la exhibición de los genitales en una película porno.

Sus supositorios de glicerina y sus dientes, esos que no se pone porque también se los hicieron mal, todo el vudú de su cuerpo está ahí, en ese armario del cuarto de baño donde busco ahora las pinzas de tender, como si las hubiera puesto en el sitio más absurdo, entre sus cosas, a la espera del día en que yo tuviera que abrirlo para saltarme encima con su presencia inquietante. Todo el poder mágico que quede de ella cuando muera está ya aquí, permanecerá presente en estos dientes de quita y pon ensartados con un alambre. Puede morir en la residencia, pero aquí quedará su cuerpo astral, puedo imaginar su halo fijado a esos dientes. Muerto el cuerpo, su aura negra buscará una nueva ancla material a la que fijarse.

Al lado de la suya, la dentadura postiza de mi padre, metida en una de esas cajitas blancas de plástico que parecen urnas en miniatura, con su nombre en una pegatina, convirtiendo el armario de los afeites en una especie de mortuorio donde se guardan no las cenizas, sino la materia orgánica, viva, putrefacta, que queda entre los dientes. Y la dentadura de mi padre aún tiene un pase, todavía tiene un aura rosada, del mismo color original del plástico del que está hecha, claro que apenas fue usada, o ya usada con tan poca fuerza en sus últimos días que apenas puede haber quedado nada de su energía. En cambio, los dientes de mi madre, por más que los limpia y limpia, siempre con productos nuevos y más efectivos, son dientes negros, tal vez a causa del metal que los sustenta, pero también ennegrecidos por la cantidad de ira y violencia que emplea para morder en la vida, como si con cada bocado lo dejara todo perdido de sangre, sangre negra, sangre reseca, trozos de encía.

Es lo que tienen los enseres viejos, las casas antiguas se van cargando del halo que ha dejado lo vivido en el lugar, un aura sombría que lo hace parecer envejecido, cada vez más sucio, como si viniera a posarse toda la suciedad del alma; un fulgor oscuro que no tienen las casas nuevas, los niños recién nacidos, los colores limpios y claros, las paredes con pintura fresca, el adolescente, cuando todavía no ha sido manchado y se presenta ante el mundo con un halo blanco, solar.

Cierro de golpe el armario del cuarto de baño.

Hago un repaso de la ropa que queda esparcida por el resto de la casa para poner una segunda lavadora con lo que se me haya pasado en la primera prospección. Me ha entrado la fiebre lavadora, esa en la que soy capaz de poner hasta cuatro veces la misma prenda a lavar. Nada que haya llevado ella tiene una mancha, por eso resulta tan difícil saber qué ropa está sucia o limpia. La huelo. ¿A qué huele? ¿A qué huele una vieja?, pero también: ¿a qué huele, a qué olió mi madre?

No huelo nada. ¿Será porque también esto tenemos en común, el mismo olor, sin querer saberlo o aceptarlo? Ella sí me olía, en cuanto me acercaba lo decía: «Qué asco, Cándida, hueles a sucio, tu pelo huele a grasa». Mi larga y cuidada melena, que me lavaba casi a diario, a sus delicadas y agudas narices les olía a grasa, algo que por lo visto no olía para los demás. «En cambio yo —decía poniéndose de ejemplo—, yo no huelo». Lo decía como si fuera un ser superior, sin mancha ni pecado original; un ser agraciado por la creación con una limpieza congénita que no tenemos los demás mortales. ¿Será verdad? ¿Es el único ser de la creación que no huele? Vuelvo a hincar las narices en su fular. Huele a usado, pero no a humano. Huele a algo donde ha venido a depositarse el polvo, pero ni a jabón ni a sudor o a grasa, como si no hubiera sido lavado en mucho tiempo, pero realmente tampoco usado. Y, sin embargo,

a pesar de carecer de todo olor corporal, algo en mí reacciona a lo que ha sido tocado por ella con un respingo que me hace cogerlo apenas con la punta de los dedos, como si estuviera sucio de algo invisible y altamente contaminante. Es el temor a encontrarme con uno de sus pelos. Algo que se diría que pone en mi frente unos segundos ojos que lo ven antes que yo, unos ojos que no son los normales con los que veo el resto de las cosas, sino unos ojos dedicados a buscar y ver en lo intangible. Es como si la sombra o la energía que emite el pelo avisara de que está ahí antes que el mismo pelo, requiriéndome dirigir la mirada hacia él.

El indicador de que algo ha sido usado son esos cabellos ralos que deja aquí y allá sobre una chaqueta o una blusa, o también un ligerísimo velo de polvo facial en un chal. Y ahora, con la punta de los dedos pongo lo más contaminado de todo, su peinador, en la lavadora y la cierro herméticamente.

Y encima llueve, descubro al abrir la ventana que da al tendedero. Lo que me obliga a colgar por toda la casa sus medias, sus pañuelos, su camisón, sus bragas, en cada prenda su nombre meticulosamente bordado. Bragas como banderas, como el peñón dejado por el conquistador, doña Regina Camps del Sió y Cousin du Château, la enviada del lejano rey de Castilla. El sofá cada vez más cercado. Cada prenda, de un pomo de puerta o del respaldo de una silla, lo que da al comedor el aspecto de un lugar tomado por las banderas de la madre, como si en cada asiento hubiera una prenda que recuerda que está reservado para su dueño, como se hace en los cines, teatros o cafés, dejando tu jersey o chaqueta para señalar que está ocupado.

Me pregunto cómo podré dormir esta noche. Si ya ayer tuve que dejar todas las luces encendidas y tomarme dos lexatines, qué no será hoy. Y eso que todavía no he puesto los pies en mi habitación, habiendo hecho del sofá del

comedor mi cuartel de campaña. Sé que, en cuanto cierre los ojos, ahí estará de nuevo ante mí todo lo que ha permanecido invisible durante el día, danzando en forma de espectros.

Es obra de la aprensión, lo sé, esa aprensión que me posee en cuanto pongo los pies en esta casa. Esa aprensión con la que viví todos los años que pasé aquí. Esa aprensión que cuando no me hacía creer que me estaba volviendo loca, me hacía sentir a punto de morir. Un estado de alarma que te permite detectar el peligro antes de verlo. Sólo ahora me doy cuenta de hasta qué punto siempre fue así, viví así, esquivando el peligro que significaba vivir al lado de mi madre, en la misma casa que mi madre. Y tal vez por ello, no puedo entrar en ella o tropezar con una de sus cosas sin sentir miedo.

¿Todas las madres suscitan tanto recelo, terror, en las hijas? ¿Tras el apego y el amor de tantas hijas se esconde el temor a las represalias que sufrirían de intentar una separación? ¿O el mío es un caso especial?

—Tráeme las joyas —me ordena antes de que termine de sacar las cosas de la bolsa que le he traído.

—¿Las joyas?

Me devuelve una mirada de reprensión, como si yo ya hubiera dado por sentado que una vez entras en esa especie de armario colectivo, en vía muerta, de antesala del más allá, se dejan atrás las joyas. Pues no, viene a decirme con su tono de mando, reclamándome sus joyas, fulares, bolsitos, vanidades, todo eso que ha hecho de ella una señora durante más de noventa años, elevándola muy por encima de las niñas de pueblo o de la vida de tendera donde un día el destino la arrumbó.

—Sí, las que llevaba antes de la operación, la cadena, el colgante, los pendientes de perlas, la alianza.

—Sí, claro. —Trato de recordar dónde he puesto yo lo más elemental, la alianza y la cadena.

—¡Ah! Y el anillo de la aguamarina, y el otro del topacio, también el broche de los granates, ah, y aquellos pendientes de brillantes...

—¿Y para qué quieres aquí algo que no te pones? —Pienso en ese broche en forma de *pendentif* que, cada vez que sacaba de su cajita, me recordaba que era de la época de Napoleón («Del estilo Imperio, ese que puso de moda la emperatriz Josefina»), o en esos pendientes modernistas que no usaba porque era el tipo de joya que la abuela sólo llevaba para ir al Liceo.

—Para que no lo pierdas.

Joyas que heredó de las mujeres de la familia, junto a otras que se ha ido comprando ella misma porque decía que se lo merecía. Joyas antiguas, delicadas, de ricas filigranas, finos engarces de diamantes y rubíes, intocables; y joyas nuevas de ostentoso oro y amatistas como pedruscos, que refundía y cambiaba de forma para hacerse otra porque nunca terminaban de acertarle con el diseño o la forma en que había sido engarzada la piedra. Alhajas que habrá embarrancado quién sabe dónde, ese antiguo hábito de las mujeres de la familia, como si estuvieran a punto de irrumpir de nuevo en casa las hordas rojas para su confiscación, obligándome ahora a buscar por los rincones más oscuros y ominosos.

Vuelve a la vida, a una vida que es otra, pero una vida para la que ella no ha cambiado ni está dispuesta a cambiar en nada; como si habiendo dejado atrás la operación en la que le pusieron una segunda prótesis de cadera todo volviera a la normalidad, pero ya no en su antigua casa, sino en una especie de hotel.

De nuevo parece como una niña dispuesta a la exploración de este lugar nuevo, donde ha descubierto que además de misa hay campeonatos de cartas, baile y verbena

los viernes de ocho a diez, y hasta cine. Más segura del terreno que piso, le repito que se lo tome así, como un balneario, el tiempo que quiera estar, y que cuando no le guste, le buscaremos otro sitio que le guste más. Y en verdad éste es el plan, resignada como estoy a la idea de que pasaremos un vía crucis de no menos de siete estaciones antes de que podamos darle acomodo definitivo en esta vida, en lo que le queda de esta vida. Lo que evitamos decir con ello es que no tiene vuelta atrás. Podrá cambiar de residencia, pero lo que no podrá ya es volver a casa.

—Eso te lo puede traer Ángel el fin de semana —trato de dar por culminada ya mi última misión en Barcelona y volver a Madrid, donde he dejado a Ferrán solo.

—Ah, no, eso no lo puede traer tu hermano, qué sabrá él de estas cosas. Seguro que se equivoca. —Mi hermano es un inútil, ya lo he oído otras veces; en realidad, no he oído otra cosa desde que nació, ahorrándole toda tarea que no fuera hacer de recadero o chófer para su madre—. Eso tienes que hacerlo tú —me dice con el tono acusador de la monja que te pilla infraganti escaqueándote de clase.